



La Esperanza en la Educación Superior

Buenos días a todos. Es un honor para mí estar con ustedes en esta universidad, que no solo se distingue por su excelencia académica, sino también por su identidad profundamente enraizada en la tradición humanista cristiana. Muchos jóvenes, comunicadores, agentes pastorales y cristianos comprometidos han peregrinado a Roma para celebrar este jubileo, seguramente con un deseo sincero de recibir la gracia de la renovación que es promesa de estos años de especial festejo para la Iglesia.

En ese contexto, para muchos de nosotros, la pregunta que nos interpela es como hacer de este tiempo extraordinario de gracias, una profunda renovación en el lugar y los lugares que habitamos a diario. Asumo que lo que nos une es que todos lo que estamos hoy acá habitamos ese mundo cotidiano, amable y fecundo de educar. ¿por qué sería pertinente reflexionar sobre la esperanza en nuestros contextos? Porque educar es un acto de esperanza por eminencia.

Quisiera proponerles 3 preguntas que pueden orientar nuestro dialogo, son preguntas que en lo personal me interpelan y de tanto en tanto me cuestionan en mi labor de educar y acompañar, en mi caso, a quienes serán futuros profesores. La primera resulta amplia pero clave ¿Cómo puede la esperanza cristiana reconfigurar el propósito de las universidades católicas?, la segunda surge de la vida como académica ¿Qué aportes ofrece el pensamiento contemporáneo para repensar universidad-esperanza?, y la tercera la asumo como católica comprometida con mi fe ¿Cómo puede la esperanza convertirse en un principio operativo frente a la incertidumbre educativa?

En relación con la primera pregunta **¿Cómo puede la esperanza cristiana reconfigurar el propósito de las universidades católicas?**, una primera respuesta se desprende de Ex Corde Ecclesiae, la constitución apostólica es categórica al afirmar las universidades católicas tienen la misión. Ser faros de esperanza en medio de un mundo marcado por la incertidumbre, el dolor y la fragmentación.

La esperanza cristiana, como virtud teologal, no es una ilusión ni una evasión, sino una fuerza transformadora que se manifiesta en el presente. En nuestras universidades, esta esperanza se encarna en el compromiso con la verdad, la justicia y la dignidad humana. Es una esperanza que educa, que forma, que acompaña. En este sentido, el Jubileo de 2025 nos invita a redescubrir el papel de nuestras instituciones como espacios donde esta virtud se cultiva, se enseña y se vive.

De ahí que la pregunta consecuente es un gran ¿cómo? Cómo la esperanza cristiana puede reconfigurar el propósito de nuestras universidades. La seguridad está en que El Dios de la esperanza, que ha impreso en el corazón humano, en nuestros corazones, en el mío, en el de ustedes, el deseo de infinito y de plenitud ¿podríamos trasladarlo a una institución? Por supuesto, el deseo de infinito, de plenitud es centro pulsante en el corazón de una universidad católica. Y ese deseo es excusa para Dios, así nos acompaña a lo largo del camino y nos espera en la meta y ya en el presente nos ofrece un anticipo de la plenitud que compartirá con nosotros en la vida eterna. Pero la perspectiva de esperanza cristiana no se limita a una expectativa futura, sino que se manifiesta ya en el presente a través de las pequeñas y grandes bendiciones de la vida diaria. Cuando Dios responde a los deseos del corazón humano y realiza sus planes de bien, la esperanza se vuelve concreta y tangible.

El Jubileo al que la Iglesia nos invita a vivir representa sin duda una oportunidad única para reavivar la esperanza. Para el Papa Francisco, además de encontrar esperanza en la gracia de Dios, también estamos llamados a descubrirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos da.



Debo confesar que me sorprendió releer la bula que abre este jubileo y constatar que el santo Padre Francisco no menciona la educación como lugar de esperanza, tampoco como llamamiento de esperanza.

No cabe duda de que actualmente la esperanza tiene un rol clave en la discusión pedagógica. La educación católica tiene esperanzas de distinto orden, también nosotros como comunidad educativa: querer formar buenos profesionales, brindar respuestas a las necesidades de la sociedad, innovar, investigar, ser reconocidos como una universidad de excelencia, mejorar en los rankings, que nuestros egresados encarnen el perfil de egreso tal y cual lo diseñamos. Desde Paulo Freire con su "Pedagogía de la Esperanza" hasta los actuales trabajos de Carol Dweck sobre la mentalidad de crecimiento, ocupa un lugar central la idea de que, tanto para el docente como para el estudiante, el proceso de aprendizaje se basa en una promesa de cambio.

Pero ¿cómo contribuir a que la educación católica reafirme su esperanza fundamental?

El Papa Francisco afirmó que "La educación es, ante todo, un acto de esperanza en quienes nos preceden [...], en sus posibilidades de cambiar y contribuir a la renovación de la sociedad". Con ello, nos invita a reflexionar sobre el papel fundamental de la esperanza en el acto educativo. En el corazón de cada persona está encerrada la esperanza como deseo y espera del bien. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro suscita sentimientos contrapuestos, desde la confianza hasta el temor, desde la serenidad hasta la desilusión. A menudo, encontramos personas desanimadas, que miran al futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. ¿De qué tipo de esperanza estamos hablando, entonces? ¿Qué tipo de esperanza tiene la prerrogativa de no decepcionar realmente?

La esperanza cristiana no engaña ni decepciona, porque se basa en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos jamás del amor de Dios: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro o la espada? (...) Pues estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rom 8:35.37-39*). Aquí vemos la razón por la que esta esperanza persevera en medio de las pruebas: fundada en la fe y alimentada por la caridad, nos permite seguir adelante en la vida

Monseñor Moreno, entiende la esperanza como fidelidad activa. Su lema episcopal–'Anunciaré tu fidelidad'– resume su visión: la esperanza nace de la fidelidad de Dios, que sostiene al ser humano incluso en sus caídas. Monseñor Moreno ve la esperanza como una decisión ética radical entre vida y muerte, felicidad y desgracia. Esta elección no es solo moral, sino existencial: elegir la vida es elegir confiar en Dios, en su promesa y en su proyecto de salvación. Denuncia la ambigüedad del lenguaje y la confusión entre el bien y el mal como una amenaza a la esperanza. En esto se suma a los profetas bíblicos, que luchan por la claridad moral y la justicia. Entendía la educación como un acto de esperanza. Formar líderes éticos, comprometidos con la justicia y la paz, era para él una forma de encarnar la esperanza cristiana en el mundo.

Esta concepción de la esperanza como una fuerza dinámica y transformadora, que supera el fatalismo y nos permite imaginar utopías alcanzables, ofrece una perspectiva fundamental para repensar la educación como una práctica de libertad y auténtica humanización.

¿Qué aportes ofrece el pensamiento contemporáneo para repensar el binomio universidad-esperanza?

Precisamente, en un contexto de incertidumbre y crisis de sentido, la figura de Gabriel Marcel (1889-1973), filósofo existencialista cristiano, se vuelve una luz. Marcel situó la esperanza en el centro de su pensamiento filosófico, y su legado nos ofrece una perspectiva valiosa para repensar la educación en su dimensión relacional y trascendente.



En el contexto de una universidad católica, el pensamiento de Marcel se convierte en una herramienta clave para formar personas íntegras, capaces de integrar fe, razón y esperanza en su proceso educativo.

La filosofía de Gabriel Marcel, con su profunda antropología cristiana, ofrece claves valiosas para repensar el rol de la universidad católica. Nos recuerda que la esperanza no es optimismo ingenuo, sino resistencia activa frente a la desesperación. En un mundo que tiende a objetivar al ser humano, nuestras universidades están llamadas a afirmar su dignidad, a resistir la tecnocracia y el utilitarismo, y a formar personas capaces de trascender lo inmediato.

La universidad católica, en este marco, no es solo un lugar de transmisión de conocimientos, sino una comunidad de sentido. Es un espacio donde se reconoce al estudiante como persona, donde el vínculo docente-estudiante se convierte en una experiencia de alteridad, hospitalidad y comunión. Marcel declaraba: «Me afirmo como persona en la medida en que creo realmente en la existencia de los otros». Esta afirmación es el corazón de toda pedagogía cristiana ¿Cuán cerca esta de nuestro ser y hacer como académicos, como docentes, como directivos y gestores esta comprensión de la esperanza?

Marcel le añade a la esperanza, un carácter ontológico, actuando como un principio articulador de la existencia. además de ser una virtud teologal, otorga sentido a la existencia en la apertura al misterio del ser. Es justamente aquí donde la mirada de Marcel aporta a la comprensión y aplicación al campo pedagógico.

La apuesta de Marcel es que la esperanza no es posible sin la “prueba” de la desesperación y su superación. De esta forma, la desesperación aparece como condición previa en el camino a la esperanza. Para el autor, no hay esperanza sin el impulso de desmoronarse. Sostiene que el ser humano en medio de la desesperación, luego de luchar contra toda impotencia, se abandona al ser. Desde la fenomenología de Marcel, la esperanza trasciende el objeto o la forma a la que se le asocia, ya que los deseos del ser humano pueden verse frustrados, pero él sigue teniendo esperanza. De esta forma, la desesperación aparece como condición previa en el camino a la esperanza.

No se trata de un “espero que” ciertas cosas pasen de determinada manera. De ahí la distinción con el optimismo, tan propio de visiones pedagógicas actuales de visiones en ocasiones simplista, de que todo irá bien. En cambio, la esperanza va más allá e implica una íntima seguridad de que, ante cualquier situación intolerable o dolorosa, esta no puede ser definitiva y tiene una salida. En otras palabras, mientras el optimismo se basa en una confianza en la experiencia y en la capacidad personal para superar las dificultades, la esperanza es una apertura a un principio trascendente que da sentido a la existencia, incluso en las circunstancias más complejas de la vida.

Aquí es donde podríamos establecer una conexión profunda con la Encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI. Si bien Marcel aborda la esperanza desde una perspectiva filosófica, Benedicto XVI la eleva al ámbito teologal, presentándola como una virtud infundida por Dios, una expectativa cierta de la salvación. En la encíclica, se subraya que la esperanza cristiana no es un mero optimismo, sino una «virtud teologal de la esperanza» que se fundamenta en la fe en Dios y en sus promesas. Esta esperanza nos capacita para enfrentar la adversidad no con una confianza ingenua en nuestras propias fuerzas, sino con la certeza de que Dios nos acompaña y nos sostiene. Esta perspectiva complementa la idea de Marcel sobre la superación de la desesperación, al dotar a esa “salida” de un fundamento divino, una gracia que permite al ser humano trascender su propia impotencia y abandonarse al ser en su dimensión más profunda y sagrada, es decir, a Dios mismo.

Ahora, permítanme desglosar el pensamiento de Marcel bajo algunas premisas que iluminan la intersección entre educación y esperanza. Siendo útiles para redescubrir el ser y el hacer educativo. Con ello responder a la tercera pregunta

¿Cómo puede la esperanza convertirse en un principio operativo frente a la incertidumbre educativa?



Marcel vivió y sufrió ambas guerras mundiales, lo que impulsó sus reflexiones acerca de un mundo roto, fragmentado y dolido por un sinnúmero de muertes y pérdidas.

Desde esa experiencia Marcel concibe al ser humano como un sujeto «agónico sometido a las técnicas de envilecimiento» y un «hombre problemático que, al vivir en una civilización industrial e individualista, ha sido despersonalizado y objetivado» y, por lo tanto, en constante peligro de perder su dignidad y su valor. En ese contexto, advierte sobre la amenaza de la alienación en un mundo dominado por el materialismo, la tecnología y la deshumanización.

Es ese el campo de batalla de la educación, también hoy, que la enfrenta a desafíos que emergen de ese contexto. Estas demandas a la educación han reconfigurado las formas de comprender y repensar la educación, sus fines y metas. Las políticas que han erosionado el rostro de las instituciones educativas. Ante en una lógica de rendición de cuentas, han puesto énfasis en la evaluación de la calidad a través de resultados en tests estandarizados o indicadores de desempeño. Estas presiones son globales, y se relacionan con el rendimiento en evaluaciones internacionales como PISA y OCDE. Las políticas educativas buscan estandarizar las instituciones no solo dentro de un territorio, sino también entre países con gran disparidad de contextos y acumulación de capital cultural.

En este contexto, la universidad ha dejado de ser una institución cohesionada por proyectos culturales compartidos, para asumir un rol de organización orientada a producir y enseñar competencias y habilidades “útiles” a futuros ciudadanos que presten servicios igualmente “útiles”. ¿es así para nosotros? ¿es familiar ese lenguaje para ustedes? ¿resuena como una preocupación la tecnocracia de la que habla Marcel? Es justamente esa tecnocracia la que resulta perniciosa para nuestras universidades porque centraliza el valor de todo, incluido al ser humano, en el rendimiento y los resultados. Es lo que Marcel denomina “la civilización industrial”, cimentada sobre valores de funcionalidad y utilitarismo, con predominio de la técnica.

En este escenario, la esperanza se convierte en una forma de resistir y afirmar la dignidad de la persona. En palabras de Marcel, la esperanza es resistencia a la objetivación del ser humano y, por ende, su cultivo es bastión de la dignidad.

Nos enfrentamos a una pregunta fundamental: ¿Puede la educación ser una respuesta a este caos? ¿Es capaz de resolver una crisis de orden mayor? Las universidades católicas, están llamadas a resistir esta lógica tecnocrática, reafirmando la primacía de la persona humana sobre la técnica, como lo señala Ex Corde Ecclesiae. afirma que «es esencial que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia»

La institución educativa se ha visto presionada para dar respuesta a las exigencias del mercado, buscando legitimarse a través de parámetros de utilidad en lugar de su valor inherente. El enfoque no está en el desarrollo de habilidades, sino en su certificación. Una educación que se basa únicamente en aspectos técnico-academicistas corre el riesgo de ignorar los elementos curriculares y sistémicos que son esenciales para la formación orgánica de la persona. Esta visión reduce la institución educativa a un simple espacio de preparación para la inserción en el mundo laboral.

No solo las políticas públicas le otorgan un sentido instrumental a la universidad, sino también los propios estudiantes. Son ellos quienes ven en la universidad la posibilidad de ayudarlos a “ser alguien en la vida”. Esto plantea la pregunta de por qué no transformar el sentido de la institución educativa orientándola a una lógica relacional, concibiéndola como un espacio para “vivir la experiencia” y establecer vínculos con otros.

Por lo tanto, la esperanza que buscamos no es una emoción pasajera, sino una fuerza que se nutre del compromiso de la universidad con los problemas contemporáneos. La investigación que realizamos en este ámbito debe abordar la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia,



la protección de la naturaleza y la búsqueda de la paz. Esta misión nos exige ser valientes para expresar verdades incómodas, pero necesarias para el bien común de la sociedad.

La pregunta por el propósito de la educación y su capacidad para conferir un sentido esperanzador a las nuevas generaciones –tanto a nivel personal como comunitario– es crucial para repensar la razón de ser de las instituciones educativas y, en consecuencia, dotarlas una legitimidad ontológica. En este contexto, la esperanza se convierte en una forma de resistencia del ser humano para afirmar la dignidad de la persona. Repito para Marcel, la esperanza es resistencia a la objetivación del ser humano y un bastión de la dignidad.

La esperanza, como fuerza activa, dota de propósito a la educación. En las universidades católicas, este propósito se orienta hacia la formación integral del ser humano, en diálogo con la fe y la razón. No se trata solo de preparar profesionales competentes, sino de formar ciudadanos comprometidos con el bien común, capaces de transformar la sociedad desde una visión trascendente.

Este propósito se vive en la vocación del educador, en la búsqueda de sentido del estudiante, y en la misión institucional. La universidad católica, al integrar la dimensión espiritual en su quehacer académico, ofrece un horizonte de esperanza que va más allá del éxito profesional: apunta a la plenitud del ser.

Aunque la esperanza implica una dimensión de espera, no es una actitud pasiva, como sostiene Marcel. Para él, el ser humano no es estático, sino que se define en un movimiento activo que integra lo temporal y lo atemporal. Esta concepción de Marcel se expresa en la idea de la «llamada, vocación o invitación a dar sentido a la propia vida, a convertirse en aquello que uno debe ser». La esperanza es, entonces, una fuerza que impulsa al individuo a vivir con propósito, y a responder a la llamada o vocación, a fin de que llegue a ser quien es, incluso cuando el futuro sea incierto o desafiante. De esta premisa, se desprenden dos conclusiones aplicables a la educación: en primer lugar, se requieren educadores e instituciones que, como fruto de la esperanza, cuenten con un robusto sentido de propósito; y, en segundo lugar, aparece más claro la relevancia de coordinar acciones frente a la incertidumbre en la educación.

El propósito es central en la educación, se entiende como un impulso interior que permite actuar según una decisión personal, transformando la obligación en acciones articuladas en sintonía con objetivos interpersonales que dotan de sentido el actuar, que permiten oportunidades de accionar según una decisión personal. Una clara orientación según un propósito específico alimenta y da valor a la práctica pedagógica, además de permear los otros ámbitos en los que se compromete el educador.

Si bien es una tarea íntima del ser humano esforzarse por entender la vida y encontrarles propósito a las cosas, se trata de una búsqueda estructurante que confiere sentido en relación con el mundo. Por lo tanto, es una labor en parte compartida, donde el propósito aparece como un concepto personal de creciente complejidad. Quienes educan lo hacen porque creen en algo, y esa creencia vincula la esperanza, el propósito y la trascendencia en la labor pedagógica. Por ende, es en la búsqueda de propósito donde es posible adoptar un compromiso, vincularse e involucrarse con la labor diaria, en el rol y lugar en que estemos.

Ahora bien, ¿cuáles son los medios para articular un sentido de propósito en instituciones complejas como las universidades y en contextos donde prima la desesperanza? En palabras de Perrenoud, «Una vida tranquila y ordenada puede anestesiar la búsqueda de sentido, llevar a no preguntarse nunca por qué hacemos lo que hacemos, con qué derecho, o en virtud de qué sueños». La inmovilidad, la ausencia de decisión o la rutina absoluta no contribuyen a la construcción del ser.

Este último aspecto se conecta con la necesidad de que las instituciones educativas coordinen acciones frente a la incertidumbre o la desesperanza. Marcel sostiene que la metafísica tiene la función de "exorcizar la desesperación, despertando en el hombre el sentido -sagrado- del ser".



En ausencia de adversidad, crisis o incertidumbre, la pregunta sobre el propósito puede posponerse fácilmente. Es por esto que las experiencias que nos incitan a reflexionar sobre nuestra práctica movilizan al cambio y potencian la adopción de nuevas estrategias y recursos, lo que hace plausible una esperanza renovada. De lo contrario, la pregunta sobre lo que hacemos y cómo lo hacemos difícilmente surgiría, ahogándose en la rutina diaria.

Es decir, la duda o la incertidumbre actúan como un efecto poderoso y catalizador del sentido de propósito. El poder de las dudas no ha sido suficientemente validado en la educación. Las preguntas que tenemos sobre la efectividad de lo que hacemos, tanto a nivel personal como institucional, pueden ser la medida más efectiva para un cambio profundo y transformador. La necesidad de solucionar un estado de incertidumbre profesional activa el compromiso de sentirse más cómodo con lo que se realiza y se sabe.

Marcel describe la esperanza como un proceso creativo que allana el camino para la aceptación de las dificultades y ayuda a convertirlas en nuestro beneficio. A esto, Marcel lo llama la "domesticación de las circunstancias".

La "domesticación de las circunstancias" de Marcel, esa capacidad de transformar la adversidad en beneficio propio encuentra un eco profundo en la idea de que la esperanza cristiana, anclada en la fe, nos permite ver las pruebas no como obstáculos insuperables, sino como ocasiones para el crecimiento y la purificación. Benedicto XVI nos recordaría que la verdadera esperanza no nos exime del sufrimiento, pero nos dota de la fuerza interior y la visión trascendente para darle sentido, transformándolo en un camino hacia la plenitud. Es una esperanza activa que nos impulsa a la acción, a la caridad, y a la búsqueda de la justicia, precisamente porque sabemos que nuestra meta final es Dios, y que nuestra labor en el mundo, por pequeña que sea, contribuye a la construcción del Reino.

Desde la perspectiva de las universidades católicas, esta clase magistral se convierte en una invitación a renovar el compromiso, donde la esperanza es vivida como virtud teológica y principio pedagógico.

A modo de conclusión

Quisiera cerrar esta alocución con algunas bajadas concreta de lo reflexionado. Primero resulta novedoso pensar la fenomenología de la esperanza como legado para la pedagogía contemporánea. Lo que hace tan propio el tema de la esperanza para la educación, es que responde a un acto que no se da en solitario, sino que está profundamente enraizada en las relaciones humanas. No hay un yo sin un tú, en otras palabras, se trata de un espacio de alteridad, en el que maestro pone en práctica su hospitalidad al acoger al aprendiz. En ese contexto, la esperanza surge de la confianza mutua y de la fe en los demás. Es una experiencia intersubjetiva que se vive en comunión y se orienta hacia la salvación y la restauración del orden perturbado o lo que el propio Marcel expresa cuando enfatiza que la afirmación intersubjetiva y recíproca es germen de la plenitud eterna.

La esperanza es un paradigma interpretativo especialmente fértil en el contexto educativo. Porque la surge como una fuerza unificadora capaz de trascender las barreras culturales, lingüísticas y socioeconómicas. Se materializa cuando no se configura como un universalismo abstracto, sino como una práctica concreta de reconocimiento de la alteridad y de construcción de horizontes comunes. En este sentido, la esperanza se convierte no solo en objeto de reflexión teórica, sino en principio operativo que orienta el diseño de itinerarios educativos capaces de promover formas de ciudadanía basadas en la corresponsabilidad y la solidaridad.

Finalmente, la visión de la esperanza converge en un llamado a la acción. No se trata de una espera pasiva por un futuro mejor, sino de una construcción activa del mismo, anclada en la fe y en la caridad. La educación, en este sentido, se convierte en un espacio privilegiado para cultivar esta



UCSC

esperanza. Al formar a individuos conscientes de su dignidad trascendente, capaces de enfrentar la desesperación con la convicción de una salida y de comprometerse en la construcción de relaciones auténticas, la universidad católica resulta un lugar propicio donde los sueños de los jóvenes no se derrumban, sino que se nutren y se elevan hacia un propósito mayor. La esperanza nos impulsa a ir más allá de la mera instrucción, a educar para el *ser* en su plenitud, a formar personas que, inspiradas por la certeza de la promesa de Dios de una vida nueva, sean agentes de transformación en un mundo que clama por sentido y por verdadera esperanza. En este sentido, la universidad católica no solo instruye, sino que evangeliza, formando agentes de transformación que encarnan la esperanza cristiana en sus comunidades.

En este Año de la Esperanza, sea un espacio donde la fe y la razón dialogan, donde la caridad se convierte en educación, y donde la esperanza se transforma en cultura. Porque educar en la universidad católica es, ante todo, un acto de esperanza.

Muchas gracias.

Campus San Andrés
Alonso de Ribera 2850
Concepción
Tel. 41 234 5000

Campus Santo Domingo
Lincoyán 255
Concepción
Tel. 41 234 5600

Sede Talcahuano
Colón 2766
Talcahuano
Tel. 41 234 5828

Sede Chillán
Arauco 449
Chillán
Tel. 41 234 5821

Sede Los Ángeles
Caupolicán 276
Villagrán 220 y 251,
Los Ángeles
Tel. 41 234 5760

Sede Cañete
Av. Presidente Frei 787
Cañete
Tel. 41 234 5635

ucsc.cl